Publicación literaria gratuita 29/03/2017 #6
Martes 6 de CLINAMEN, año 144

El Pobrecito Hablador

LIRIO DE AGUA

El espíritu del hombre inocente se halla soñando, y es precisamente ese sueño, un sueño de nada, el sueño de una realidad que no existe, una nada en torno a la cual gira la inocencia del hombre cuyo espíritu sueña, nada que es la angustia misma, "realidad de libertad en cuanto posibilidad frente a la posibilidad", lo que hace de su relación con la angustia una relación de amigo-enemigo, pues solo ésta le permite ver la posibilidad de la realidad de su libertad, seduciéndolo y presentándole la posibilidad en bandeja de plata, como unos ojos que el individuo advierte mirando un profundo abismo, los cuales se le clavan directamente en el pecho vertigándole, poniéndole nervioso ante la posibilidad misma de reunirse con ellos, de resbalarse y caer junto con ellos a lo más hondo, lo cual dependerá únicamente de su determinación en el bordillo, de si quiere reunirse con las tinieblas o prefiere seguir sorteando el borde un poquito más, demorando el momento de unión con esos dos ojos que no le quitan la vista de encima en su paseo por el escarpado acantilado, los cuales ama, pues estos se distinguen en el centro del



abismo y le permiten distinguir el abismo como tal y su posición con respecto al él, y a los cuales al mismo tiempo teme, teme sus nupcias con los mismos, su descenso al escarpado hueco vacío desde los que estos le miran.

De este modo sueña perturbado el hombre la nada material de la angustia, siendo el estado de inocencia y ensueño, una flor que fantasea con su posible polinización, el hombre que sueña una realidad que no existe y aguarda a que algo de esta nada cuyo sueño nuclea se fije referencialmente en el mundo, como algo que se le advierta entre la bruma de su estado de

sueño, se le meta entre las mientes y le haga despeñarse, que se haga posible la posibilidad y le parta en dos, empezando así la historia del pecado, es decir, la historia misma.

Y tanta metáfora es cuanto de realidad efectiva hay de libertad en el individuo a ojos de la ética, la libertad misma de la decisión de la disyunción, "o lo uno, o lo otro" "*aut-aut*" por medio de la angustia, una libertad siempre trabada, pues el hombre no puede serlo todo, y es solo en tanto que se le presenta su abanico de posibilidades y asume todo lo que no podrá realizar, aquella nada a la que aspira pero que como nada se le resiste, todo lo que no podrá ser, a lo que a su ser por metáfora de sí mismo se le niega de esta realidad, los obstáculos que se interponen en el sentido y dirección de su ser en el mundo, compuesto tanto de su realidad efectiva como de los distintos mundos posibles, de la idealidad. Confrontación a través de la cual asumiendo aquello que se le niega, se hará libre.

Aquella mi rada que clavaba sus pupilas en el individuo que bordeaba el despeñadero no aparta la vista, sigue advirtiendo la posibilidad de la libertad del individuo con la misma intensidad, y surgen a su lado ahora muchas otras, varios pares de ojos que se desvelan en el mismo agujero de vaciedad, de no ser, alrededor del cual camina el hombre por el borde del despeñadero, todos fijando su mirada en él con la misma intensidad que aquellos primeros que le hacían temblar, presentándole con la misma apariencia de realidad esa nada que es la posibilidad de su libertad.

Tiene, pues, ahora, por su situación en la historia, un abanico de posibilidades mucho más amplio, lo cual hace de la angustia un látigo que nunca cesa en su azote, que pretende en todo momento hacer al pecador, pecador una vez más, pues el pecado iempre se renueva, nunca es en acto, siempre pretende en su incesante azotar vertigar la libertad del hombre, materializar la nada de su libertad, siendo libre siempre a costa de la intimidad de su pequeño yo; sacrificando el sentir por el calcular, y pagando con las llagas que el ferviente latigazo de la angustia deja en su espalda el precio del serle libre al mundo

Abel Pérez



PANZAS Y PHYNANZAS

Había abandonado la casa del maestro Otto hacía días, con Faustino F. y su tripulación de piratas de tierra. El propio Doctor me señaló que ante la gente tendría que empezar a llamarle Capitán Ubaldo de Oulipo, Capitán Ouxpo o en primera instancia "mi Capitán".

La tripulación era el enjambre de cincuenta itinerantes hombres y mujeres (todos forajidos), rufianes y saqueadores de bastas memorias y mercancías intrafinas, que rellenaban sus sacos a bordo y ritmo del *Kilimanjaro Slide*. Esta es una nave terrestre, un *As* neobarroco conocido por ser el primero de su tipo y dimensiones en salir a flote desde Zielona Góra (untado con el gel del Dr. Faustroll, famoso abuelo del Capitán). El gel cubría todo el casco del *Kilimanjaro* haciéndolo brillar más, entero de hilo de cobre con sugerente forma de cama. Algunos camarotes permitían ver espacios ilusorios entre el trenzado, se notaba abundancia en las bodegas y por el momento allí solo se quejaban los ganchos de la hamacas. El humo no estaba dispuesto a dispersarse y el mundo daba culazos permitiéndonos hacer tres o cuatro abordajes por semana.

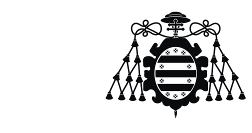
Como aprendiz llegué a pasar mucho tiempo en el despacho del Capitán, pues me fascinaba la cantidad de papel no-moneda que rebosaba, atravesado por tiros de cobre que hacían las veces de guitarra, llave de agua dulce (de cañaveral), y un amplio número de funciones y trampas dispuestas entre la silva de hilos.

El recuerdo era de una calina púrpura que pedía ser atravesada (el color del detalle era lo importante), cuando un golpe de mar derribó a Ubaldo hundiéndole el puño en el inodoro sin consecuencias negativas. Éste se puso en pie y dijo: "¡Muchacho! Hay buenas señales y señales por todas partes, la tripulación tiene las panzas llenas y las phynanzas también. ¡Partiremos mañana hacia el tesoro!" ....

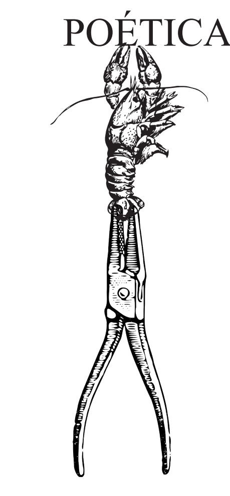


"¡Daré la seña, mi Capitán!"

Carlos M. Ávila



Universidad de Oviedo



DEL LIBRO DE LOS AZOTADOS

Venimos arrojados desde el último instante
desde la atropellada carrera de los siglos
y nunca nunca
hemos dejado de gritar.
Al aire,
nuestra escalera ósea
familiar arrascadera de los galgos andaluces.

Temblando de vida
despreciados hasta el muro
llevamos nuestros rostros ocupados de terror,
como dos manoplas de esperanza
cubre nuestra cara un par de zarpas de aterciopelado negro
-así he visto morirse decenas de gatinos-
lacerados por el hambre, la soledad y el incólume universo
que aprieta su centro cálido con la fuerza de todas sus esferas
hasta que lo revienta en una cabalgata de maullidos y dolor

A nadie ha respetado jamás la naturaleza

Poesía para el hambre
y para el hombre el frío
mientras no se rompa todo
en mil pedazos huérfanos, sin raíz, superficiales
y sin padre.

Como la hiedra verde que trepa por mis hombros
y la larga pátina que embadurna mi frente,
¡'Reducidlo todo! Hombres
Reducidlo como si os fuera el brillo de una estrella en ello
y comenzad triunfantes
desde lo más profundo de la ruina
a levantar el Templo.

Nuestras manos son muros que grietan
por los que habrá de comenzar mi pueblo.

G. Debreda



ENTOMOLOGÍA DE UN RÍO

Unas alas, simétricas, perfectamente coloreadas por la naturaleza, dirigen su vuelo hacia las orillas del río. Sobre unas piedras, lisas, suaves, la mariposa se deja caer. Desde esa privilegiada posición, se abandona al murmullo del agua. Siente que se van disipando poco a poco los compañeros insectos de su alrededor: el ruido de los aleteos del mosquito en su oído, el caminar de las ocho patas de la araña recorriendo su cuerpo, la analítica mirada de la mantis que la obligaba a mantener un pesado y habitual duelo en el que siempre fracasaba, o el zumbido de la abeja anunciado su proximidad.

Todo esto desaparecía, y solo quedaba ella, la mariposa, luchando por despojarse del pegamento de sus patas, observando a aquel mosquito con pesar, por ser incapaz de sobrevivir de forma autónoma, sin que su supervivencia se basase en robarle un poco al resto. Pasaba su vida volando de víctima en víctima, intercambiando sangre entre seres y muriendo a causa de un golpe certero, o quizás por algún aerosol, o atrapado en la tela de una araña, pero rara vez los mosquitos morían de ancianos.

La araña, que disfrutaba de la suculentas vistas que su tela le ofrecía, envidiaba a aquel mosquito, y aún más a la mariposa que descansaba en la piedra del río, pues ellos podían hacer lo que ella más deseaba, volar. Cierto era que podía deslizarse a través de los hilos que generaba, pero esto estaba lejos de la sensación que la araña pensaba que

se experimentaba al volar. A causa de esta envidia, disfrutaba cada vez que caían en sus trampas insectos voladores, pues le recordaban que las alas son inútiles cuando te encuentras en una prisión, encerrado entre pegamento.

Recostada sobre una hoja verde, la mantis no perdía detalle de la escena que estaba teniendo lugar en aquella rama cercana donde se encontraba la tela de araña. Aunque su ángulo de visión fuese notablemente mayor, se concentraba en observar cómo el macho araña esperaba pacientemente a que la hembra terminara de degustar la comida, para después entregarle una bola recubierta por la seda que generaban, y que contenía otro insecto muerto. Parecía que aquella araña tenía suerte, a diferencia de ella, una mantis condenada al celibato obligado por la fama que sus compañeras habían ido difundiendo de su especie. Está bien, en contadas ocasiones alguna que otra había devorado a su pareja, pero para nada era un hecho generalizado. Le entristecía pensar en quedarse sola para siempre, pero más temía, llegado el momento, matar a su ingenua pareja en un acto de instinto indomable.

Ajena a todas estas problemáticas permanecía la abeja, ocupada por completo en el trabajo y la planificación del futuro. Día tras día repetía la misma rutina para mantener a su reina conforme y sin sobresaltos. Trabajaba para ella y para sus hermanas, pero claro, esa reina nunca salía de su colmena, a no ser que se mudasen, y aún así, a pesar de no recibir más que un gesto de asentimiento de su superiora tras cada jornada, tenía el hábito de trabajar tan interiorizado que nunca se había planteado el por qué o el para quién.

Deshecho todo el pegamento de sus patas, la mariposa aleteó y comenzó a sobrevolar el río, luego el bosque, y subió así, poco a poco, hasta alcanzar el cielo y volar sobre el mundo, dejando atrás a los seres de aquel río.

Alba P.Ovies



ERMENEUTICA

Heidegger è stato il filosofo che più di ogni altro è riuscito a sviluppare l'idea di una filosofia come "ermeneutica dell'esser-ci". Prendendo le mosse dall'Oltreuomo pensato e descritto da Nietzsche nel "Così parlò Zarathustra" Heidegger ha ridato, per così dire, alla filosofia il suo statuto epistemologico dal momento che è riuscito a restituire alla ricerca filosofica l'oggetto che aveva perduto.

L'ontologia di Heidegger, che in Italia è stata e continua ad essere costante oggetto di studi che vanno avanti dalla tradizione del "pensiero debole" di Vattimo e Rovati è particolarmente complicata per la ricerca sul linguaggio nascosto che viene messo a nudo per fare emergere le contraddizioni intrinseche all'essere e alle sue qualità, così come era stato pensato, scritto e tramandato nel corso della sua storia. Il linguaggio che è il veicolo dell'essere ci permette attraverso un'attenta ermeneutica di rivelare la vera natura del Da-Sein, il quale non è altro che un progetto determinato da qualcosa che gli è totalmente esterno e perciò errante, senza un luogo che gli è proprio, senza alcuna verità assoluta in tasca o fede nell'avvenire, cade in questo modo ogni progetto teleologico sia storico che naturale.

Conoscere diviene pertanto una paziente e reinterpretabile lettura del tramandarsi del percorso dell'essere fino a noi (quindi, di ciò che l'essere in deriva destinale ci consegna – una tra-ditio, una paràdosi una Überlieferung), lungo un cammino segnato dalla complessità e dall'intreccio di eventi che si originano da una molteplicità di centri e si intersecano secondo principi di causalità che non sono mai unidirezionali, e appaiono di conseguenza circolari e imprevedibili. L'uomo è un naufrago sballottato qua e là dai venti, portato a deriva dalle maree e al tempo stesso con una tensione naturale volta a conoscere e scoprire il mistero del suo naufragio che gli occupa la mente e gli muove i muscoli del corpo, per continuare a naufragare, così e per sempre.

Michi Faber

RESCOLDO INCENCELLADO

Solo, desterrado, vagas por la blancura.

El viento sopla. El frío entumece. El hielo invade cada hueco que dejan tus pisadas. Esta tierra se muestra hostil a tu presencia. Y tu pareces andar sin rumbo por ella.

Quisiste tener la llama. Su calor te vigorizaba. Su tímida ascua lamía tu hielo, y su tenue brillo reflejaba tu rostro. Pero el brillo arrojó sombra, y te recordó al viento, al frío, y a la tierra que tanto odiabas. Y te acercaste a la llama.

Según te acercabas, mayor era tu sombra y mayor era tu miedo. Aterrado, dejaste de mirar la llama, y miraste solo a la sombra, sin dejar de acercarte a la llama. La altura dio ventaja a la sombra. Y ardiste con la llama, y la extinguiste con tu caída.

No esperaba que volvieses a andar. Pero has vuelto a hacerlo. Y no recordando tus sombras y buscando otra llama que las extinga. Si no recordando el brillo y queriendo hacerlo tuyo.

El viento sopla pero trae calma. El frío entumece pero te da firmeza en tu próximo paso.

El hielo no podrá seguir invadiendo. Pues una llama es la que ha retomado tus pasos.

T. de Beaumont



RESQUICIOS

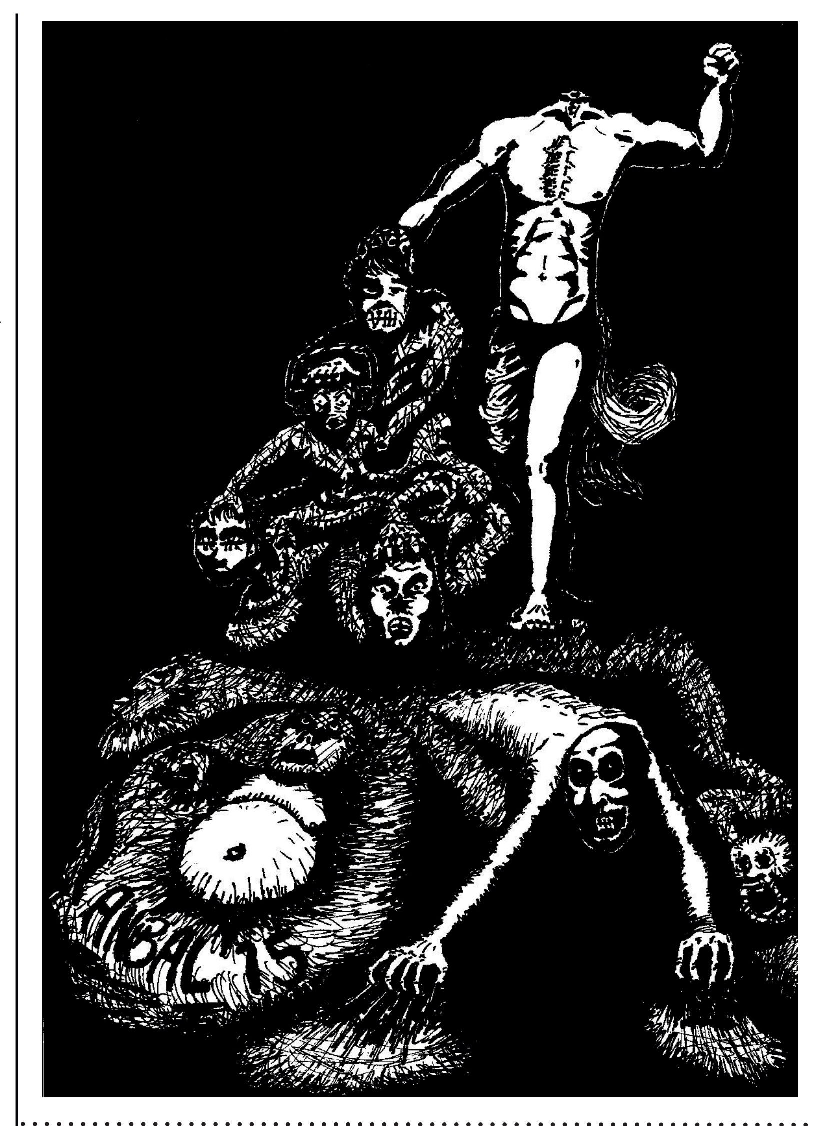
Fíjense ustedes.
Da igual si se trata del
pueblo más remoto,
de una capital de occidente
o de un desierto.

Fíjense ustedes
en la ciudad
que habitan
o deshabitan.

Dejen a un lado los
vínculos emocionales
que les unen a los
habitáculos del mundo.

Fíjense.
En todas las ciudades
hay resquicios de
grandes fiestas,
de grandes celebraciones.

Sea un milímetro
de confeti,
un vaso de whisky
abandonado en una farola,
unos zapatos en medio
de la acera,
o ese cartel señalando
una fecha concreta.



Ego y sus rostros **Aníbal González**

Sea lo que sea.
Las calles día a día aguardan las grandes historias de los transeuntes,
que cansados miran a sus propios zapatos y se olvidan
de los grandes acontecimientos que pueden existir en cada farola.

Las calles día a día guardan dentro de sí las historias por algunos olvidadas.
Ahí están los resquicios,
suplicándonos mirarles para recordarnos que aún existen los grandes bailes.
Que aún tenemos tiempo para sentirnos vivos.

Mónica Armantina

EL CRISTO MENDIGO

La niebla sacudirá una vez más
Ese torpe motor cansado y sucio:
Creación a cada fuego fatal que lo consume.
Absurdo respirar, volviendo siempre
Siempre al pozo, donde los ojos;
A la desnuda posibilidad
De cantar sin márgenes
Eh marmóreo amar:
Sólo tu ofrenda de tierra,
Abierta al eterno vino de las lágrimas
Regalando palabras de soledad:
Carroña dulce para el desnudo,
Estrechando el corazón entre blancas paredes.
Golpe tras golpe,
Vino la vuelta voz de las agujas
Sólo en las manos diminutos cobres,
Mientras cantaba el gallo de la muerte.

Ignacio Ruiz

PARA PARTICIPAR
PONGASE EN CONTACTO CON EL POBRECITO HABLADOR EN:

elhabladorast@gmail.com

PARA PARTICIPAR
PONGASE EN CONTACTO CON EL POBRECITO HABLADOR EN:

PRESENTACIÓN O LA PROMESA DE UN CABALLERO

Jimmy, una señora regordeta que se había autobautizado como Jimmyya que el nombre que le habían puesto sus tutores (Cornelia Octava de la Virgen del Roció y de la Santa Concepción) no le gustaba para nada; había descubierto como entretenerse en la espera de los tardones de sus conocidos: se recostaba en la silla, taburete o el asiento que fuese y se ponía a escuchar las cosas que decían los individuos de su alrededor. En una ocasión se encontraba en un café de una estación espacial militar reconvertida en centro comercial esperando a un colega suyo. Tras pedir al autómata que se hallaba tras la barra un café con leche de yak deslizo su mirada sobre los personajes que se encontraban en el local para decidir a cuál iba a oír. Un roniano (piel anaranjada, lengua bífida y las orejas rodeadas de una vellosidad negra y aterciopelada) le llamo la atención, su aspecto inmóvil y un sombrero de cuero marrón brillante que parecía bronce le daban la serena apariencia de una estatua. Estaba escuchando a un estudiante fluorescente que le hablaba de extraños sucesos que no paraba de tildar de "paranormales". Jimmy, al ver que el hombre del sombrero se disponía a hablar, se acercó a una mesa vacía cercana a los tertulianos. Se recostó en la silla dando un sorbo (que fue más caliente de lo que se esperaba) para escuchar:

"Amigo, recuerdo que de niño me sucedió una situación parecida a las que me describe usted. Me acuerdo que iba mucho por casa un tatarabuelo mío en silla de ruedas, que llevaba siempre un yelmo que solo se quitaba para darnos besos a mis hermanos y a mí, empujado por un hombre envuelto en una armadura. Mi tatarabuelo había pertenecido a una asociación de "recreaciones de combates y artes medievales terráqueas" donde celebraban duelos a espada,

construían catapultas y, de vez en cuando, principalmente en celebraciones del club; realizaban justas. En una de estas justas un amigo de miancestro le dejo las piernas inmóviles. El hombre aquel le prometió a mi abuelo (estoy casi seguro de que la relación entre ellos era algo más que una amistad) que le ayudaría y le cuidaría el resto de su vida. Desde entonces ayudo a mi tatarabuelo, siempre en su armadura de gala, en tareas que podían hacerlas alguna que otra máquina pero que, por testarudez, siempre hacia él. Un día de verano, en el jardín, yo estaba en el regazo de mi tatarabuelo y me decidí a escalar hasta su acompañante. Le deslicé el yelmo para verle su nariz, su boca, sus dientes. Pero no había boca ni nariz ni nada. Mi tatarabuelo me cogió por los sobacos y me coloco en frente suyo. Me explico que su gran y buen amigo August había muerto hacía mucho tiempo y que no dudase que recibió buena sepultura. Lo que yo acababa de ver no era otra cosa que la promesa del amigo: quería servirle “el resto de su vida”. Había ideado como hacer que su voluntad se quedase encerrada en la armadura hasta el fin de la vida de mi tatarabuelo. Me quede impactado, pero mi mente infantil me permitió poder encajarlo. Seguramente tenga su explicación, pero yo no los conocimientos adecuados para dársela. Por eso te decía que cualquier cosa puede pasar…”

Jimmy dejo de escuchar aquí cuando vio a su amigo entrar en el local. Se levantó y se fue de allí no sin antes echar una ojeada al hombre al que hoy había escuchado.

Domingo de Chomón

